

LICANCABUR

José Martínez

NO recuerdo exactamente cuándo tuve las primeras referencias de esta montaña. Ni cuándo surgió el deseo de ascenderla. Pero lo que me atrajo desde el principio fue el conocer que en su cumbre se encontraba uno de los adoratorios de altura incas más elevados del mundo. En ese vértice celebraron ofrendas a sus dioses y en ese aire limpio pudieron fundirse fácilmente con el entorno mágico de una zona que a mí ya me cautivó años atrás.

El Licancabur es un volcán de simetría perfecta que se encuentra al norte de Chile. Desde Antofagasta, el autobús se va internando en un desierto seco, árido, muerto. Parece mentira que debajo se encuentre un precioso mineral que da de comer a más de 40.000 personas. Calama es una ciudad artificial creada para los mineros de Chuquicamata, la mina de cobre a cielo abierto mayor del mundo. Desde este pueblo, el paisaje no tiene cambios importantes excepto que en el horizonte, entre neblinas, se intuyen los primeros volcanes con nieve. En el autobús hacia San Pedro de Atacama conocemos a Zahel, contacto clave en los próximos días. Nos cuenta cosas de la zona. Nos lleva a su camping y se encarga de conseguirnos un Toyota – el suyo está en reparación – que nos acerque a la base de la montaña.

Queremos salir temprano para no caminar en las peores horas del día, cuando el sol alcanza su cenit. El camino no es tan malo como nos habían asegurado: se trata de una pista de tierra que se dirige hacia Salta, en Argentina. Hacemos pocas paradas, las imprescindibles para las fotos de rigor. Avanzamos paralelamente a una gran torrentera por donde debió fluir la lava en épocas pasadas. El color de la

tierra es de tonos suaves y hay poca vegetación. Sacamos entusiasmados las cámaras cuando vemos las primeras vicuñas retozando salvajes por este paisaje mineral, completamente desolado.

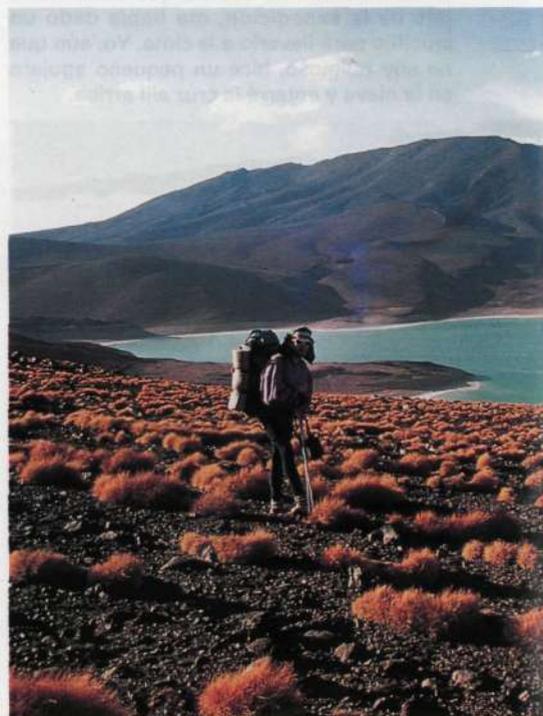
En la frontera con Bolivia hay restos de antiguas construcciones hoy abandonadas y una familia que vive recogiendo mineral en los salares. Un poste anaranjado es la única marca de frontera. Absurda división en un paisaje de nadie. Eduardo no quiere seguir ya que puede tener líos con la policía boliviana.

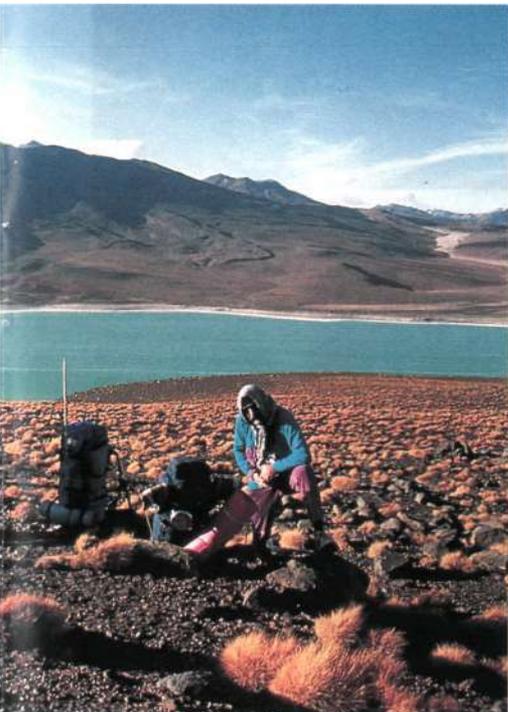
Le decimos el día que tiene que recogerlos, escondemos un bidón de agua de emergencia y nos enfrentamos a un paisaje superduro, de suelo volcánico no demasiado compacto. Las mochilas parecen ir bien adaptadas a la espalda durante las primeras horas, luego nos damos cuenta de la burrada que llevamos encima. Aparecen los primeros signos de vegetación, dulcifican el paisaje. Nos tumbamos frente a Laguna Azul un buen rato observando un paisaje que parece inmóvil, muerto, petrificado. Las distancias parecen eternas. Las únicas referencias que existen no parecen cambiar de sitio mientras se suceden las horas. El suelo se encuentra lleno de agujeros, es como un campo minado de galerías hechas por pequeños topillos. Ir hundiéndote en ellos sienta fatal y acaba siendo un poco agobiante. Vamos dejando a nuestra izquierda el Juriques, un volcán de dimensiones tremendas. Seis horas después de salir, vemos "La Playa". ¡Qué alivio pensar que por hoy se acabó el camino!. Luis retrasará el final, buscando las primeras ruinas incas, los demás nos habríamos tumbado en el primer lugar llano.

Tardamos unas 3 horas en llegar hasta la frontera. A la izquierda se ve el Licancabur a la derecha el Juriques, un volcán que en épocas pasadas debió ser mucho más alto, pero en alguna explosión su cono superior saltó por los aires.

Llegada al lugar denominado "La Playa". En sus inmediaciones establecimos el Campamento Base.

Casi todo el camino transcurre bordeando la Laguna Azul.







Hacia el campamento I. El primer día nos pasamos casi toda la mañana buscando la ruta correcta. No existía demasiada información de la montaña y todas las vertientes parecían demasiado empinadas, de no existir un camino marcado entre estas pedreras.

Aquí todo está lejos

No madrugamos demasiado. Desde nuestro mirador de primera fila nos preguntamos por dónde estará la ruta de subida. Se ve demasiado inclinada para continuar de frente. Pasamos la mañana derivando hacia la derecha, pensando que la arista que se recorta en el horizonte es la correcta. Pero todo aquí está lejos y no avanzamos nada. Nos llevaría todo el día llegar a ella y no tenemos claro que ése sea el camino. La altura y el ritmo de cada uno irá marcando las diferencias. A media mañana cada uno ha sacado sus conclusiones respecto a la ruta correcta y se encuentra perdido por un rincón del volcán. Es Moncho quien ya al atardecer, con gritos que se lleva el viento, nos da la buena noticia. Hace un rato dejó la mochila en las ruinas que existen a 4.900 m. A ellas iremos llegando poco a poco, unos mejor que otros. Cansados por la desesperación de llevar todo el día dando palos de ciego.

Me encuentro mal. Me tumbo en el saco mientras preparan la cena. Espero que unos minutos de reposo me devuelvan el ánimo.

La apatía y el tremendo malestar no desaparecen. Jorge está igual que yo, falto de aclimatación. Proponemos a Moncho y Luis hacer cumbre ellos solos. Tras darle muchas vueltas Luis sugiere bajar al Campo Base para, el día siguiente, repuestos y casi de un tirón, hacer cumbre. Será duro porque a continuación, sin parar, habrá que continuar hasta la frontera. Pero merece la pena intentarlo. Es de noche cuando alcanzamos de nuevo el borde de la laguna.

Pasamos la mañana paseando por los alrededores. Hace mucho viento y en el agua se forma oleaje. Los bordes están cubiertos por cristales de sal blancos que reflejan el sol intensamente. Duele mirarlos sin gafas.



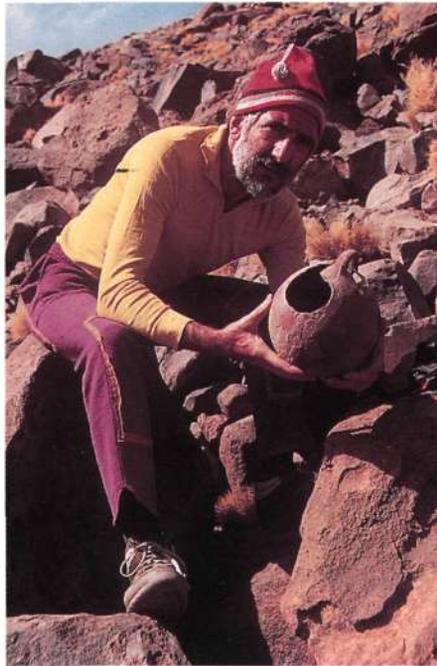
A mediodía encontramos el camino y al atardecer montábamos el campamento entre las ruinas incas que se encuentran a 4.900 m.

Laguna que se encuentra en el interior del cráter.

En busca del cráter, de una tirada

La tarde es tranquila, de descanso, recobrando fuerzas para las siguientes horas. Dejamos lo accesorio para andar rápidos y preparamos un paquete de comida para esconderlo entre las piedras, hay animalillos que podrían dar buena cuenta de ello. Moncho, al ir a depositarlo bajo una piedra, encuentra una vasija inca. La saca con cuidado. Es una bella pieza perfectamente conservada, sumamente frágil, dejada aquí hace más de 500 años. Se la entregaremos días después a Ana María Barón, la arqueóloga que mejor conoce la zona, una andinista que hizo excavaciones en la cumbre y que ha levantado planos de las principales ruinas. Debe ser apasionante trabajar en estos remotos lugares, no hollados por ningún ser humano desde cinco siglos atrás.

Son las 7 de la tarde cuando decidimos subir. Luis ni siquiera lleva el saco de dormir ya que será un vivac de pocas horas antes de salir hacia arriba. Qué diferente sensación de la de ayer tarde. Comemos con ganas, bebemos todo lo que podemos y nos recreamos viendo cómo el atardecer va agrandando la sombra del volcán, proyectándola sobre la laguna. ¡Qué hermoso balcón!. Antes de que caiga la noche reconocemos los primeros metros del camino para no tener problemas después. Cuando suena el despertador, a las tres de la mañana, no hay pereza, sólo deseos de comenzar. Al principio las piernas se rebelan, pero pronto voy sintiéndome mejor. El sendero se pierde



Vasija inca que encontramos bajo unas piedras en el Campamento Base.

en seguida porque la propia inclinación de la pendiente acaba barriendo con piedras cualquier intento de camino. Las maldiciones pronto comienzan a hacerse frecuentes, porque avanzar sobre piedras inestables a más de 5.000 m. de altura es una experien-

cia inolvidable, incluso peligrosa. Dudamos si es por aquí pero a nadie le apetece retroceder sobre los cientos de pasos dados ya. El frío del amanecer comienza a notarse y se va enquistando en los huesos. Los pies, sin "bota gorda", se van volviendo insensibles. Un rojo intenso tiñe el horizonte. La laguna está más hermosa que nunca. El volcán Juriques sigue estando más alto y no ganamos altura fácilmente.

Cuando lo sobrepasamos, los tonos ya son naranjas y el día comienza a nacer. Descansamos al final del embudo, en una especie de antecumbre, de rellano, donde los incas debieron de hacer campamentos, ya que el suelo está cubierto de restos de madera retorcidos. El cráter debe estar cerca. Sólo queda una rampa corta. ¿Corta?. Las emociones, como nuestro paso, fluyen lentas y todo discurre de otra forma, más ralentizadas. Cuando llegamos al borde del cráter vemos la laguna al fondo. Es más pequeña de lo que me imaginaba. El cráter no es espectacular. Al fondo, en el camino hacia la cumbre, vemos más construcciones. Aquí, a casi 6.000 metros, realizaron sacrificios humanos a sus dioses. El lugar es ideal, un balcón/mirador perfecto, un lugar más cerca de las estrellas. Estoy demasiado agotado para disfrutar intensamente del momento y me dejo llevar por mi estado. Luis consigue zarandearnos, sacarnos de ese estado tan propio de las alturas para hacernos partícipes de la alegría del momento. Unos abrazos de cumbre dan paso a emociones descontroladas, derramadas tras un esfuerzo un poco inhumano.



La vuelta la hicimos por una pista de tierra que hay junto a la laguna.



◀ **Laguna verde**

De vuelta del volcán Lascar nos acercamos a las orillas de Laguna Lejía.

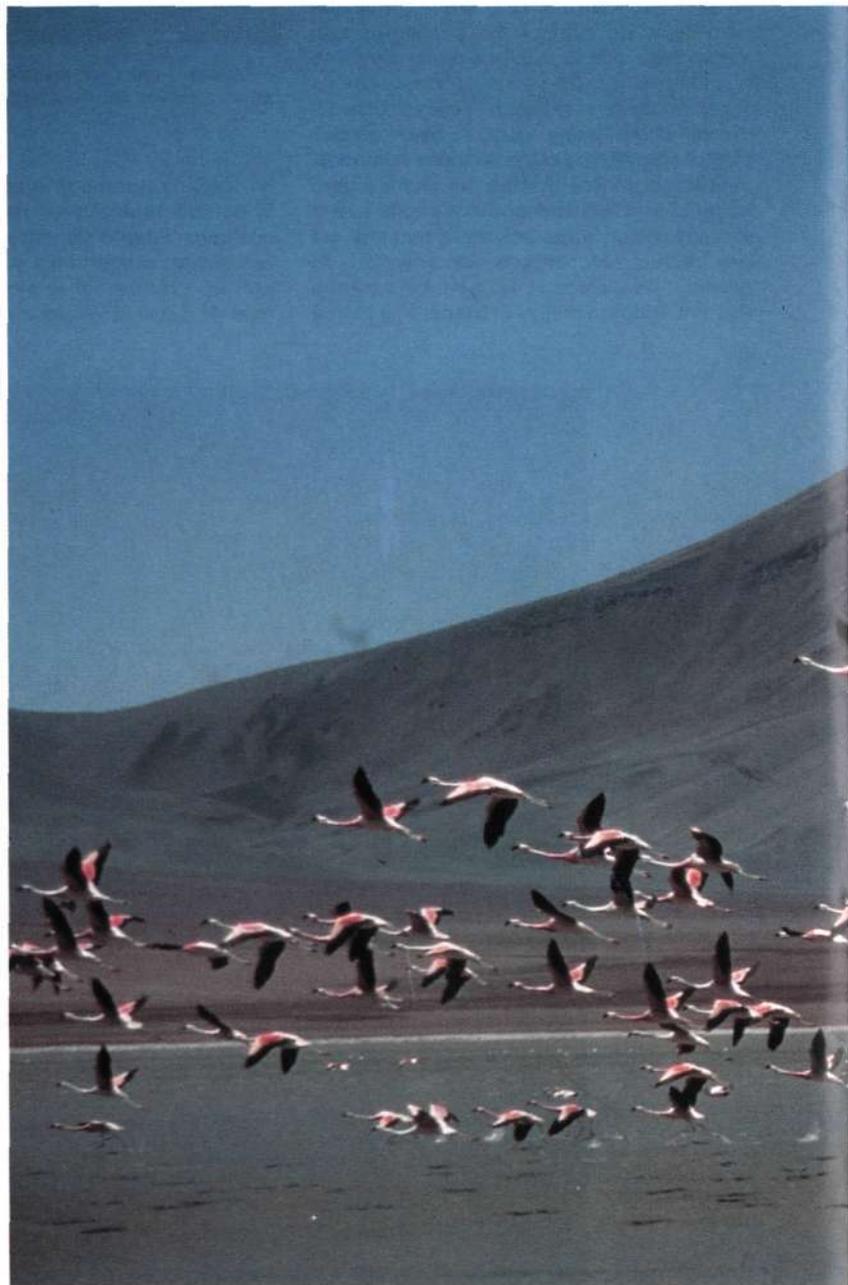
La bajada es más fácil

Hasta hacer fotos cuesta trabajo. Qué pena tener que emprender pronto la vuelta. Hoy nos recogen en la frontera y queda un buen trecho. La cuesta, de bajada, es más fácil. *Sobre todo si las rodillas aún no están demasiado "tocadas"*. Me dejo arrastrar por las pedreras, sin miedo, sin peligros evidentes y voy ganando metros fácilmente. A medida que descendemos, el cuerpo lo agradece. Recojo el campamento e intento compensar con este trabajo otros momentos entregados por mis compañeros a mí, realizando las ingratas tareas rutinarias. Jamás sabré cómo compensar su ayuda, en tantos viajes. Todos juntos, felices, descendemos los últimos metros hasta el Campamento Base. Luis se anticipará para avisar a Zahel, para ponerle al corriente de nuestra demora.

Detrás iremos los tres. Escogemos la pista de tierra que va paralela, primero a Laguna Verde y luego a Laguna Azul y luego nos saldremos de ella para coger un atajo que nos quitará lo último de nuestras fuerzas. El final es de autómatas, deseando que la siguiente línea en el horizonte nos entregue la visión de un coche que venga a recogerlos. Pero no hay más que aire, piedras y silencio. Nuestro cuerpo aguanta estoicamente. Sólo hay un deseo: llegar, acabar por hoy, disfrutar brindando con

Ascensión al volcán Lascar.

Fotos del autor

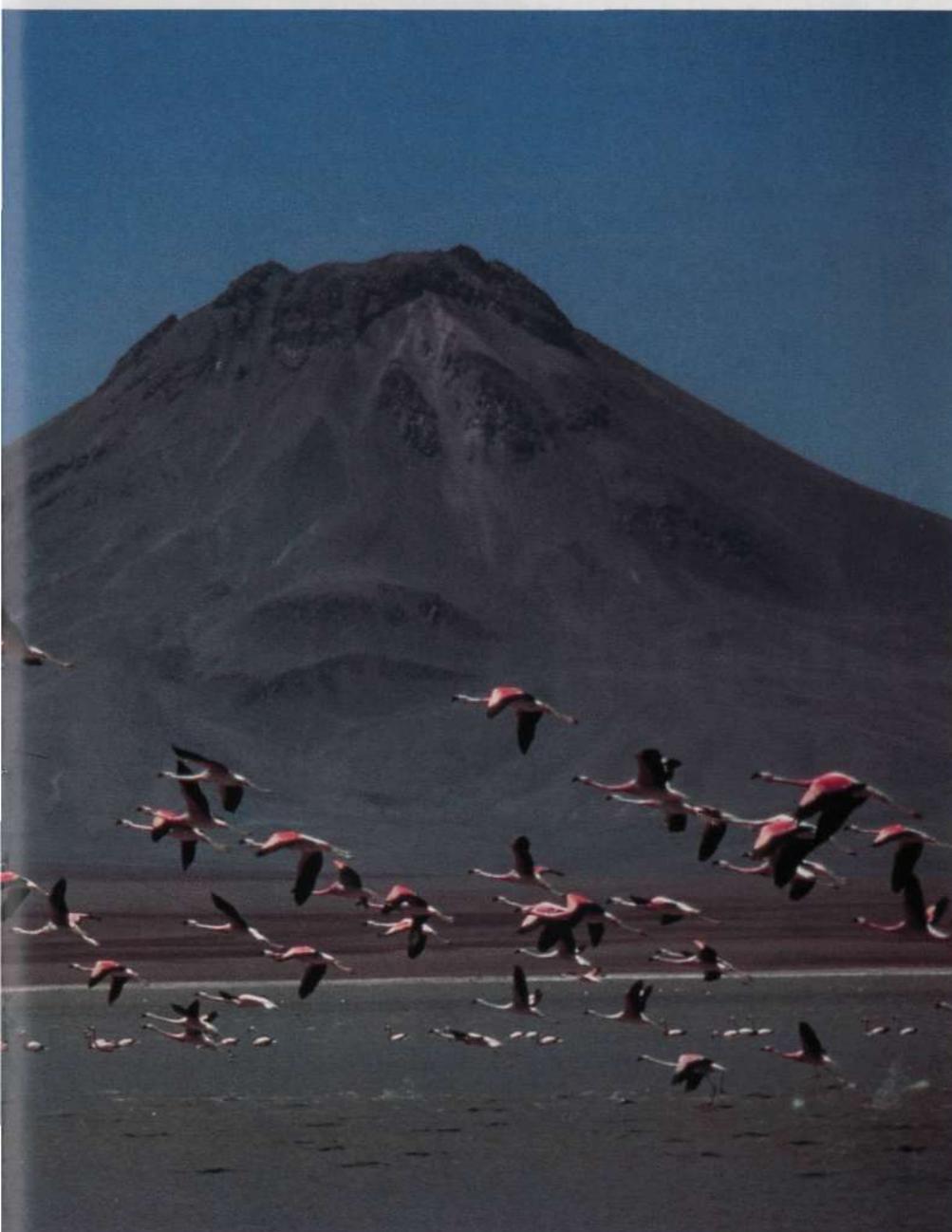
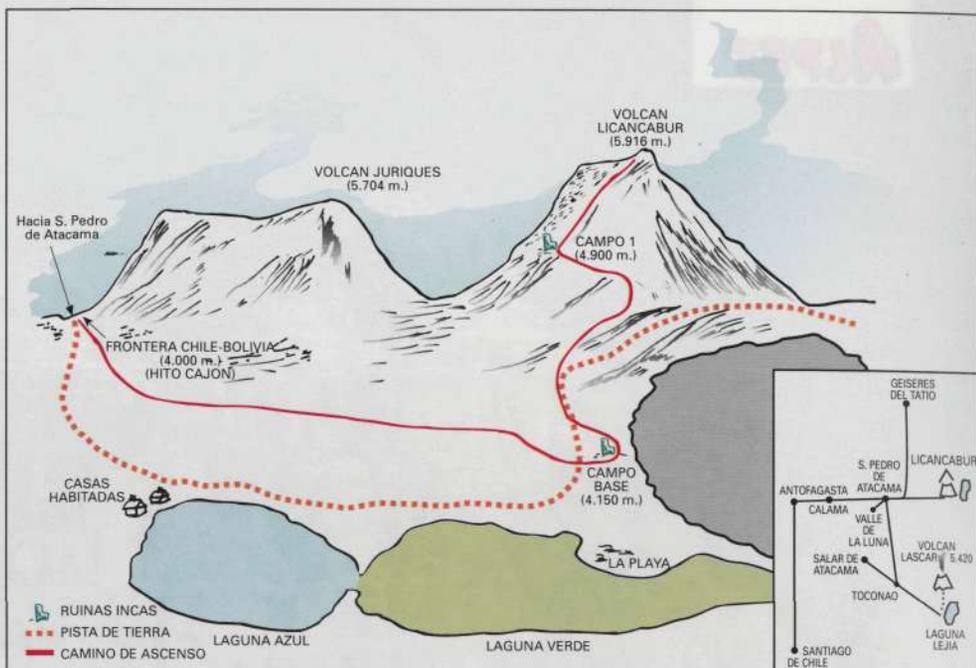


unas cervezas por el esfuerzo y la ilusión entregados a esta montaña.

Zahel nos ha esperado aunque llegamos 5 horas más tarde de lo acordado. Gracias.

El cuerpo en seguida olvida. Un día de descanso es suficiente para reponernos e intentar el Lascar, un volcán en activo que se hace en el día y que se encuentra a pocos kilómetros. Es muy diferente. La altura sólo hace estragos al austriaco que nos acompaña. Se queda sentado como un pajarito sobre las laderas del volcán, esperando nuestro regreso. El gigantesco cráter nos impresiona y la vuelta, a través de Laguna Lejía, mientras colonias de flamencos vuelan en su interior, nos deja un buen sabor de boca. ¡Qué zona, qué soledades, qué cantidad de montañas sin nombres, sin ascensiones!

Mientras el coche se aleja, silenciosos, comenzamos mentalmente a dar forma a futuras ascensiones. ¡Ojala que la espera no se nos haga demasiado larga!



ALGUNOS CONSEJOS Y DATOS UTILES

Participamos:

LUIS BERNARDO DURAND, RAMON PRADILLO SERRANO, JORGE PÉREZ GALVAN y JOSÉ MARTINEZ HERNANDEZ, todos ellos pertenecientes a la Sección de Montaña del club de IBERIA.

Fechas:

17/ 30 enero de 1992.

Recomendaciones:

- Aunque íbamos preparados con crampones y piolet, los sustituimos por garrafas de agua. Al no encontrar nieve en la montaña no había otro medio de conseguirla que llevarla a las espaldas. Porteamos 50 litros de agua hasta el Campamento Base.
- Existe una vía por la vertiente chilena mucho más corta para los que dispongan de poco tiempo pero es para gente que esté medianamente aclimatada ya que se sube en un día. El vehículo todo-terreno te deja bastante alto.
- Una buena solución sería hacer antes el Lascar (5.420 m.) y luego el Lincancabur (5.916 m.) pero es mejor no andar con prisas. La soledad de la vertiente boliviana, el ser los únicos habitantes de estos lugares, es algo difícilmente comunicable, algo que deberíais sentir.

Etapas:

- 1) San Pedro de Atacama-Frontera boliviana- "La Playa". En el trecho a pie empleamos 6 1/2 horas.
 - 2) Se puede ascender hasta las ruinas a 4.950 m. en 3 horas, estando aclimatado.
 - 3) Salimos a las 3 de la mañana hacia la cumbre y llegamos a ella a las 8 . El descenso se puede hacer con tranquilidad.
 - 4) Vuelta hacia la frontera con Chile.
- Estas etapas son teóricas, si no surgen imprevistos, pero conviene guardar algún día extra para aclimatarse por los alrededores.

Precios:

- Todo-terreno al Lincancabur (I/V) 27.000 pesetas (4 personas)
 - Todo-terreno al Lascar (I/V) 22.000 pesetas (4 personas)
 - Excursión a los géiseres del Tatio (I/V) 8.000 pesetas (4 personas)
- Hay varias agencias en el pueblo. Nosotros lo arreglamos todo con Zahel, dueño del camping Takha-Takha.